

En los últimos días y, por diversos motivos, me he visto obligada a tratar más de lo deseable con ciertas entidades bancarias —que vienen siendo los Bancos de toda la vida—, pero con la particularidad de que muchas carecen de cajas, sus empleados rotan de oficina en oficina como si de peonzas se tratase y, además de tener asignado un gestor más o menos simpático y siempre previa cita; se da por sentado que el cliente debe saber operar por internet como si hubiese recibido las mismas clases que ellos recibieron para ello.

Me indigna sobremanera la deshumanización de las entidades financieras, pero me preocupa el hastío y la amargura de la que hace gala más de uno de sus operarios. Personas robotizadas e incapaces de salirse de los parámetros conocidos, para así ayudar a un prójimo sobrepasado emocionalmente por el azote de la pandemia y, logísticamente, por el desconocimiento del que muchos —especialmente esos mayores que nos lo han enseñado todo a nosotros y a ellos—, hacen gala.

Si a mis padres les aterra el mundo que han construido para sus hijos, a mí me espeluzna la

La hora de los sabiondos

Begoña Peñamaría



forma que algunos tienen de llamarles imbéciles a la cara. Si no saben descargarse un archivo, son mirados como si viviesen en otro planeta. Si no confían del todo en el cajero en el que dejan sus billetes, son tratados como ignorantes y, si carecen de aparatos tecnológicos, les pasan factura por hacerles el supuesto favor de imprimir un recibo.

Supongo que el gran problema de este mundo va más allá de si muchos trabajadores de las oficinas se creen superiores a otros de sus congéneres o de si se han olvidado del sinfín de cursos que tienen que hacer para actualizarse y por los que los demás mortales no estamos obligados a pasar. El verdadero enigma radica en que se han perdido valores tan fundamentales como la educación. Y ya

se sabe que al maleducado se le da un poco de poder y este se suele transformar en resentimiento.

La vida es suficientemente complicada como para que aquellos que se supone están para ayudarnos se conviertan en tiranos. Absolutamente ningún integrante de ninguna empresa privada debería funcionar así, más que nada, porque tienen tan seguro su trabajo como el tiempo durante el cual los clientes deseen que custodien sus finanzas. Y ya sabemos eso de que todos somos necesarios pero ninguno imprescindible.

Así que les propongo a aquellos que se den por aludidos, que se esmeren en sonreír bajo sus mascarillas y en no tratar a la clientela en general y, en particular a la de edad avanzada, como si fuese ganado, sino más bien que vean el vivo retrato de cómo serán ellos en unos cuantos años ante una nueva generación conocedora de unos avances tecnológicos de los que ellos no tendrán ni la más remota idea... pero sobre todo, muéstren-

“La vida es suficientemente complicada como para que aquellos que se supone están para ayudarnos se conviertan en tiranos”

se educados y pacientes que para eso les pagan... O quizás les pagamos también nosotros, porque a menor volumen de trabajo, menos puestos necesarios.

No chisten desde sus mesas a sus clientes. Eso déjenlo para su padre y para su madre que, sin duda, han sido testigos de unos ademanes que no han sabido corregir a tiempo. Háganse los simpáticos y tírense al suelo con los que tienen

más y con los que tienen menos. Eso también es cambiante. Comportense tal y cómo lo harían si el director general tuviera el detalle de visitar su oficina antes de morir; pero sobre todo sean educados... tanto como les gustaría que lo fuesen con ustedes, por ejemplo, si estuviesen gravemente enfermos y depositasen todas sus esperanzas de ayuda en el doctor o doctora que les estuviese atendiendo.

Aunque en ninguna Facultad lo enseñan y es algo que debería venir en cada cual de serie, aprendan a ser mejores y a comprender que no conviene ir por la vida de sabiondo, que hay que ayudar al que carece del conocimiento necesario para realizar las gestiones y que no hay que dar nada por sentado. No son menos que ustedes —los que se dan por aludidos—, los que tienen unos conocimientos académicos o profesionales distintos a los suyos, pero son muchísimo más si además gozan de una buena educación basada en principios y valores.

Quedan ya menos de dos meses para que Donald Trump abandone la Casa Blanca y ceda su sillón del Despacho Oval a quien le venció con claridad, aunque no con la rotundidad que esperábamos muchos, en las elecciones presidenciales del 3 de noviembre, pero nadie sabe en este momento qué es lo que trama ahora ese narcisista patológico no acostumbrado a perder.

Su sobrina, la psicóloga Mary L. Trump, autora de un libro muy revelador sobre su personalidad titulado *Siempre demasiado y nunca suficiente*, espera lo peor: “Si ve que se hunde, es capaz de arrastrarnos a todos consigo”. Uno no puede evitar, al leer esas declaraciones, la imagen del bíblico Sansón derribando, presa de la ira, las columnas del templo. De hecho, ya ha hecho tambalearse algunas de las instituciones más sagradas del país.

Con absoluto desprecio de los resultados electorales, que dan a su rival como ganador no solo del voto popular sino también de los votos del Colegio Electoral, que son los que allí finalmente cuentan, el equipo de incondicionales de que

El peligro de un narcisista patológico acosado

360 GRADOS
Joaquín Rábago



ha sabido rodearse, con el fiscal general, William Barr, en cabeza, prepara ya la transición a un supuesto segundo mandato del Donald mientras deniega el acceso a todo tipo de documentos a los demócratas.

Su intención es sembrar continuamente dudas sobre la legitimidad del triunfo del demócrata Joe Biden, obligar al recuento de votos en algunos Estados y pelear los resultados ante los tribunales de apelaciones hasta llegar el Supremo, donde dispone también de una mayoría conservadora gracias a sus últimos nombramientos y en la que parece confiar para que dé la vuelta al resultado electoral.

Mientras tanto, genio y figura, Trump sigue despidiendo a quien-

quiera ose criticarle o ponga en tela de juicio sus decisiones. Actúa como si la Casa Blanca fuera el plató de televisión donde, gracias a su programa de telerrealidad *El Aprendiz*, el político más ignorante de la historia de EEUU alcanzó fama nacional, lo que le facilitaría luego, en un país en el que la política es ante todo espectáculo, la llegada a la presidencia.

Habría en cualquier caso mucho que decir del sistema electoral de un país que se precia de dar lecciones de democracia a todo el mundo sin admitir a cambio ninguna, empezando por ese Colegio Electoral diseñado por los llamados “padres de la Constitución”, muchos de ellos adinerados esclavistas, con el fin de poner las

mayores trabas posibles al voto de la mayoría.

¿Qué decir, por ejemplo, del hecho de que un Estado con una población de 40 millones como California esté representado en el Senado solo con dos senadores mientras que otros veintidós Estados, en su mayoría agrarios y poco poblados,

“Su intención es sembrar continuamente dudas sobre la legitimidad del triunfo del demócrata Joe Biden y pelear los resultados ante los tribunales”

que suman entre ellos 37 millones de habitantes, envíen hasta 44 senadores —también dos por cada uno— a esa cámara tan decisiva que el partido que disponga allí de la mayoría puede dificultar extraor-

dinariamente la labor de un presidente del partido contrario?

¿Y qué decir también del hecho de que Puerto Rico, que sigue teniendo la categoría de Estado libre asociado, pero cuyo censo supera al de una veintena de Estados de la Unión, no pueda enviar a nadie al Congreso, como es también el caso del distrito federal de Washington, donde los demócratas son mayoría?

James Madison, uno de los llamados “padres de la Constitución” y cuarto presidente de Estados Unidos, escribió en su día que el Gobierno debía “proteger a la minoría opulenta de la mayoría” y que “las comunidades democráticas sin control” estaban siempre sometidas al “torbellino y las debilidades de las pasiones desaforadas”. Más que de “democracia”, habría que hablar en el caso de EEUU de “plutocracia”. Una plutocracia sostenida por dos partidos.

CARTAS DE LOS LECTORES cartasaldirector@laopinioncoruna.es

Trump(f)ismo

A chegada, fai agora catro anos, de Donald Trump á presidencia dos EEUU supuxo un duro revés as expectativas de configurar un mundo máis solidario; máis aberto; máis equilibrado e xusto; máis descentralizado. Un

mundo no que os sen voz e os máis desfavorecidos e desilusionados tomaran novos folgos.

Cunha visión hipernacionalista de entender as relacións humanas, tanto no aspecto social como no económico, xerou tensións coa meirande parte dos países. As súas ideas negacionistas no rela-

tivo ao cambio climático e a pandemia; o seu *America first*, provocaron un maremágnum de problemas nas relacións internacionais. Con todo, o seu maximalismo tivo e segue a ter moitos seguidores, como testemuñan os setenta millóns de votos que obtivo nas derradeiras eleccións. O trump(f)is-

mo non está derrotado.

Non recoñecer os recentes resultados, nun país que presume ser paradigma da democracia, é un chanzo máis na parafernalia que envolve a súa controvertida personalidade ególatra. As palabras “derrota”, “erro”, “desculpa”, non existen no seu dicionario.

Non queremos nin imaxinar cal sería a súa reacción se o resultado das eleccións lle houberen outorgado a vitoria e o partido demócrata non a recoñecera ou cuestionase.

Manolo Romasanta Touza
Sigüeiro